

DEUS CARITAS EST. SOBRE LA PRIMERA ENCÍCLICA DEL PAPA BENEDICTO XVI

[DEUS CARITAS EST. ON THE FIRST ENCYCLICAL OF POPE
BENEDICT XVI]

MONS. PAUL JOSEF CORDES

Resumen: La encíclica *Deus caritas est* es mucho más que una reflexión sobre el amor cristiano. A través de un lúcido análisis de la cuestión del amor en las fuentes de la civilización occidental, muestra cuánto ha perdido el pensamiento moderno que ha dejado de lado lo que le ofrece la revelación. En continuidad con las encíclicas que abordaron anteriormente la cuestión social, la nueva encíclica señala la necesidad de que la justicia social del Estado no se haga ciega a las exigencias intrínsecas de la fe revelada.

Palabras clave: Deus caritas est, Amor, Justicia.

Abstract: The encyclical *Deus caritas est* is much more than a reflection on Christian charity. Through its lucid analysis of the theme of love as developed in the sources of Western civilization, the document shows how much has been lost by modern thought in blocking out revelation's light. The encyclical, in continuity with earlier ones that touched on the social question, stresses that social justice as implemented by the State should not be blind to the intrinsic demands of revealed truth.

Keywords: Deus caritas est, Charity, Justice.

Una triple misión se le ha confiado a la Iglesia desde su fundación: debe proclamar la redención por medio de Cristo; debe dar testimonio de él con sus buenas obras en favor de la humanidad; y debe celebrar en la liturgia la salvación ofrecida por Cristo. *Martyria*, *diakonia* y *leiturgia* son, pues, las tres funciones básicas de la misión de la Iglesia. Están íntimamente relacionadas entre sí, y excluir una de ellas podría reducir y debilitar la acción de la Iglesia.

La *diakonia* —el ministerio de caridad— tiene una larga tradición en la Iglesia, ejerciéndose con gran alcance y eficacia hasta hoy. A través de la fede-

ración global de la *Caritas Internationalis* se recaudó una suma de cerca de 450 millones de dólares para ayudar en el desastre del tsunami, lo cual en verdad es un signo realmente fuerte de la buena voluntad de los cristianos de ir en ayuda de los demás. Pero, cuando se trata de la *caritas*, no podemos sentirnos contentos con nosotros mismos simplemente por considerar los impresionantes resultados de nuestras actividades de recolección de fondos.

1. LA REALIDAD DE UNA ENCÍCLICA SOBRE EL AMOR AL PRÓJIMO

1.1. *La cuestión de Dios*

El nuevo Papa, Benedicto XVI, comenzó el ejercicio de su enseñanza oficial con la carta encíclica *Deus caritas est*. Es natural que la primera declaración doctrinal de un Papa ofrezca una especie de anteproyecto de su servicio, casi una orientación inaugural. Podemos compararlo con la importancia, por ejemplo, de la encíclica del Papa Pablo VI *Ecclesiam suam* (1964) o la *Redemptor hominis* (1979) del Papa Juan Pablo II.

Pero hay un segundo aspecto, que debería subrayarse. La encíclica de Benedicto XVI es la primera carta doctrinal también específicamente sobre el amor y la caridad. Hacia el final de su vida, el Papa Juan Pablo II quiso abordar esta cuestión. Se dirigió incluso a mí para hacer un borrador preliminar. Dado que su enfermedad le impidió trabajar en este texto, nunca llegó a publicarse. El cardenal Ratzinger supo del trabajo preparatorio de este documento, y decidió elegir este tema sobre el amor a Dios y el amor al prójimo para su primera encíclica. Sin embargo, le dio un carácter completamente nuevo, enfocándolo no inductivamente, sino comenzándolo más bien con el argumento perenne sobre la cuestión de Dios. De este modo, logró mayor claridad para su enseñanza fundamental, a saber, el amor desinteresado entre los seres humanos sólo puede venir de la fuerza que el amor de Dios nos ofrece. El hecho de que toda caridad entre los seres humanos esté enraizada teocéntricamente, esto es, tenga su fuente en Dios, es, para el Papa, la afirmación central de su primera encíclica.

1.2. *Amor: a menudo incomprendido*

Me parece muy valiente, pero también urgentemente necesario, que el Papa Benedicto XVI comenzara tratando de dar una contribución al modo como deberíamos entender adecuadamente el término «amor». Es un término a

menudo demasiado forzado y distorsionado, incluso trivializado, en la vida contemporánea. ¿Cómo se enlaza este término con la expresión bíblica «Dios es amor» (1 Jn 4,16)?; ¿cómo podemos relacionar esta expresión de Dios con nuestra propia comprensión del amor? Ésta fue la gran cuestión que se planteó el Papa desde el principio de su encíclica. Considerando lo que la industria del entretenimiento describe como «amor» en sus producciones, y lo que se llama *amour physique* en el famoso ensayo de Stendhal, uno debe preguntarse si éstos tienen algo que ver con la «virtud teológica» habitualmente mencionada junto con la fe y la esperanza. La noción discutida por el filósofo griego Platón en *El banquete*, ¿no es una vez más algo totalmente diferente? ¿No hablamos también del «amor» por el vino, la naturaleza y la música? E, inevitablemente, ¿no existe un abismo entre todo esto y la expresión bíblica de que Dios es amor?

Desde esta perspectiva de fe, y con su atractivo lenguaje usado en la encíclica, nuestro Papa intenta ante todo acercarse a una comprensión del amor como algo dado por Dios y poseído por el hombre. Lo hace de un modo muy sintético, para que cada resumen de sus pensamientos no corra desgraciadamente el riesgo de tergiversarlo. Sin embargo, por suerte, describe en otra parte la complementariedad de *eros* y *agapé*: el amor que es egoísta frente el amor que desinteresadamente se entrega a sí mismo. Lo hizo en su discurso a los participantes en un congreso organizado por nuestra oficina vaticana, *Cor unum*, que reunió a unos 250 delegados de las organizaciones caritativas de toda la Iglesia, con vistas a la promulgación de la encíclica.

1.3. Dios, la verdadera fuente del amor

«La excursión cósmica, en la que Dante [el gran poeta italiano] en su *Divina Comedia* quiere implicar al lector, termina ante la Luz perenne que es Dios mismo, ante la Luz que es a la vez “el amor que mueve el sol y las demás estrellas” (*Paríso*, XXXIII, v. 145). Luz y amor son una sola cosa. Son la fuerza creadora primordial que mueve el universo. Aunque estas palabras del Paraíso de Dante reflejan el pensamiento de Aristóteles, que veía en el *eros* la fuerza que mueve el mundo, la mirada de Dante vislumbra algo totalmente nuevo e inimaginable para el filósofo griego. No sólo que la Luz eterna se presenta en tres círculos a los que él se dirige con los densos versos que conocemos: “Oh Luz eterna, que en ti solamente resides, que sola te comprendes, y que siendo por ti a la vez inteligente y entendida, te amas y te complaces en ti misma” (*Paríso*, XXXIII, vv. 124-126).

»En realidad, más conmovedora aún que esta revelación de Dios como círculo trinitario de conocimiento y amor es la percepción de un rostro huma-

no, el rostro de Jesucristo, que se le presenta a Dante en el círculo central de la Luz. Dios, Luz infinita, cuyo misterio inconmensurable el filósofo griego había intuido, este Dios tiene un rostro humano y —podemos añadir— un corazón humano. Esta visión de Dante muestra, por una parte, la continuidad entre la fe cristiana en Dios y la búsqueda realizada por la razón y el mundo de las religiones; pero, al mismo tiempo, destaca también la novedad que supera toda búsqueda humana, la novedad que sólo Dios mismo podía revelarnos: la novedad de un amor que ha impulsado a Dios a asumir un rostro humano, más aún, a asumir carne y sangre, el ser humano entero. El *eros* de Dios no es sólo una fuerza cósmica primordial; es amor, que ha creado al hombre y se inclina hacia él, como se inclinó el buen samaritano hacia el hombre herido y despojado, tendido al borde del camino que bajaba de Jerusalén a Jericó.

«La palabra “amor” hoy está tan devaluada, tan gastada y se ha abusado tanto de ella, que casi se quiere evitar nombrarla. Sin embargo, es una palabra primordial, expresión de la realidad primordial; no podemos simplemente abandonarla; debemos retomarla, purificarla y devolverle su esplendor originario, para que pueda iluminar nuestra vida y guiarla por el camino recto. Ésta es la convicción que me ha impulsado a escoger el amor como tema de mi primera encíclica. Mi intención era expresar, para nuestro tiempo y para nuestra existencia, algo de lo que Dante, en su visión, sintetizó de modo audaz. Narra una “visión” que se “reforzaba”, mientras él la contempla y que lo transforma interiormente (cfr. *Paraíso*, XXXIII, vv. 112-114). Se trata precisamente de que la fe se convierta en una visión-comprensión que nos transforme. Yo deseaba destacar la centralidad de la fe en Dios, en el Dios que asumió un rostro humano y un corazón humano. La fe no es una teoría que se puede seguir o abandonar. Es algo muy concreto: es el criterio que decide nuestro estilo de vida. En una época en la que la hostilidad y la avidez son sumamente fuertes; en una época en la que asistimos al abuso de la religión hasta la apoteosis del odio, la sola racionalidad neutra no es capaz de protegernos. Necesitamos al Dios vivo, que nos ha amado hasta la muerte.

1.4. *Eros y agapé*

»Así, en esta encíclica —prosigue Benedicto XVI—, los temas “Dios”, “Cristo” y “Amor” se funden como guía central de la fe cristiana. Quería mostrar la humanidad de la fe, de la que forma parte el *eros*, el “sí” del hombre a su corporeidad creada por Dios, un “sí” que en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer encuentra su forma enraizada en la creación. Y allí sucede también que el *eros* se transforma en *agapé*, que el amor al otro ya no se

busca a sí mismo, sino que se transforma en preocupación por el otro, en disposición al sacrificio por él y también en apertura al don de una nueva vida humana. El *agapé* cristiano, el amor al prójimo en el seguimiento de Cristo no es algo extraño, puesto al lado del *eros* o incluso contra él; más bien, en el sacrificio de sí mismo que Cristo realizó por el hombre ha encontrado una nueva dimensión que, en la historia del servicio de caridad de los cristianos a los pobres y a los que sufren, se ha desarrollado cada vez más»¹.

La gran estima del Papa por el *eros* puede sorprender a la gente que está fuera o al margen de la Iglesia. Los no creyentes son los únicos que están contentos de etiquetar a los creyentes cristianos como insensibles y aguafiestas. Dicen que la concepción cristiana del amor no tiene nada en común con la experiencia de los enfoques contemporáneos sobre la vida amorosa, por lo que sería mejor que no hablaran en absoluto. La expresión cristiana «Dios es amor», es simplemente una fantasía. Incluso quienes están familiarizados con la discusión teológica se rascarán la cabeza leyendo el documento papal, porque la encíclica se opone enérgicamente a una escuela exegética que ha plasmado de modo decisivo la imagen del amor tanto entre los seguidores del cristianismo como entre sus opositores. La propuso el obispo sueco Andres Nygren, primer presidente de la Federación luterana mundial, en una obra en dos volúmenes, titulada *Eros and Agape* (1930-1937). Defendió su pensamiento citando, en el bien y en el mal, a Martín Lutero como su fuente principal; el famoso teólogo Karl Barth también abrazó su interpretación.

Nygren recalcó que el cristiano sólo debería amar en la forma de *agapé*, porque es la única forma de amor que lo abre al amor que se entrega a sí mismo. Desde este punto de vista, todo amor a sí mismo no es cristiano. El amor verdadero, en el sentido evangélico, exige odio ilimitado de sí, y la antítesis de *agapé* es *eros*, amor egocéntrico, amor como deseo. El anhelo humano de plenitud —sostenía Nygren—, debe destruirse, y la seducción a través de la belleza y la bondad, que suscita nuestro amor, es incompatible con el cristianismo. Entre estos dos tipos de amor no puede existir ninguna vía intermedia, ninguna mediación; ningún camino, ni siquiera la sublimación, lleva del *eros* al *agapé*.

Esta interpretación implica una difamación fatal del concepto cristiano del amor. Si realmente este fuera el significado auténtico del mensaje evangélico, nosotros, los cristianos, deberíamos ser las criaturas más pobres y más estúpidas bajo el sol.

1. BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en un congreso internacional sobre la caridad*, 23 de enero de 2006.

La encíclica del Papa refuerza la necesidad urgente de restablecer el valor del *eros* en una sección sobre la complementariedad entre el hombre y la mujer (n. 11). Él señala la soledad en la que se encuentra Adán según el relato bíblico de la creación, soledad que ninguno de los demás animales creados puede aliviar. Esta soledad existencial ya fue destacada y explicada en los mitos descritos por Platón. Surge de la visión de que la persona humana originariamente fue esférica, completa en sí misma y autosuficiente. Como castigo por su orgullo, fue dividida en dos por Zeus, y, como consecuencia, ahora anhela la otra mitad, esforzándose con toda su existencia por poseerla, y así recuperar su integridad². En el relato bíblico de la creación no hay indicios de un castigo; pero, ciertamente —como dice el Papa—, está presente la idea de que «el hombre es de algún modo incompleto, constitutivamente en camino para encontrar en el otro la parte complementaria para su integridad, es decir, la idea de que sólo en la comunión con el otro sexo puede considerarse “completo”». En la experiencia descrita aquí, el Papa ve la prueba de que el *eros* pertenece a la misma naturaleza de los seres humanos, y no puede arraigarse fuera de nuestro corazón humano. Subraya que es una fuerza valiosa, que en otro pasaje no duda en llamar «éxtasis» (n. 4), al mismo tiempo que afirma de manera contundente —y es más que un énfasis— que el *eros* necesita disciplina y purificación. Dice el Papa: «Ciertamente, el amor es “éxtasis”, pero no en el sentido de arrebatado momentáneo, sino como camino, como un permanente salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios...» (n. 6).

2. LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA Y LA TEOLOGÍA DEL AMOR AL PRÓJIMO

Además de los objetivos prácticos que acabo de mencionar, colocándolos en el propio contexto, el Papa Benedicto XVI da un fundamento teológico a su enseñanza sobre el amor al prójimo. Pide a todos los cristianos que presten una atención especial al espíritu con que respondemos a nuestras preocupaciones por quienes sufren. Expresa su convicción de que la eficacia del impulso de llevarles ayuda y la intensidad de ésta dependen sobre todo de la fuerza de su fe. La fe en Dios integra los métodos funcionales habituales de ayuda humanitaria con elementos nuevos y específicos del que el bautizado no puede prescindir. El doble mandamiento de amar a Dios y a nuestro prójimo contiene una triple

2. PLATÓN, *El banquete*, XIV-XV, 189c-192d.

misión: escuchar la palabra de Dios; celebrar nuestra redención en el culto divino; y comprometerse a luchar contra la miseria y la injusticia. De esta manera, *martyria*, *leiturgia* y *diakonia* permanecen inseparablemente unidas; desde hacía tiempo se sentía la necesidad de subrayar esta interdependencia mutua entre las formas básicas de servicio de la Iglesia.

2.1. *Diakonia como expresión intrínseca de la misión de la Iglesia*

Siguiendo el ejemplo de Jesús, los primeros apóstoles cristianos y los evangelistas entendieron desde el principio su misión como imitación de la bondad de Dios. Aliviaron las necesidades que encontraron, y así dieron mayor credibilidad a su anuncio de la buena nueva. Incluso ya en el 160 a.C. el autor de la Epístola a Diogneto escribe: «El que toma la carga de su prójimo sobre sí mismo, el que está bien dispuesto a beneficiar a su inferior en un asunto en el que él es superior, el que provee a las necesidades con lo que él mismo ha recibido de Dios, y así se convierte en dios para los beneficiados, digo que ¡él es un imitador de Dios! Entonces te darás cuenta, mientras tu destino está en la tierra, de que Dios vive en el cielo...» (cap. 10)³. Los miembros de la Iglesia, tanto individual como colectivamente, han realizado siempre el apostolado de caridad con quienes sufren. El imperativo de Cristo de amar a nuestro prójimo fue, *eo ipso*, el reverso de su indicativo de promesa de salvación.

Siguiendo el desarrollo histórico del compromiso reciente de la Iglesia en favor de los pobres, aparece algo nuevo. En el siglo XIX, la pobreza y las privaciones, en gran parte debidas a la industrialización, alcanzaron tales proporciones, que sólo se podían afrontar con un método decididamente nuevo y fomentando estructuras sociales más justas. El Papa admite en su texto (n. 27) que los representantes de la Iglesia tardaron en comprender la importancia de la cuestión social, y que sólo gradualmente la abordaron y adoptaron una posición clara. Con todo, hace referencia a algunos pioneros en este campo, destacando la acción profética del obispo Wilhelm Emmanuel von Ketteler de Maguncia († 1877) y de las numerosas órdenes religiosas nuevas fundadas ya a comienzos de 1800 para combatir la pobreza y la enfermedad y afrontar la necesidad de una educación mejor. Más tarde, en 1891, el Papa León XIII publicó su encíclica *Rerum novarum*, documento fundamental de la doctrina social de la Iglesia destinado a proporcionar directrices fundamentales y a anunciar de

3. «Epístola a Diogneto», ed. por J. QUASTEN y J. PLUMPE, *Ancient Christian Writers*, vol. 6, The Newman Press, New Jersey 1948, 144.

modo claro las exigencias de mayor justicia. Los Papas siguientes articularon ulteriormente esta doctrina de principios éticos a través de sus varias encíclicas, de manera notable el Papa Juan Pablo II, a quien nuestro Papa llama su «gran predecesor», el cual nos legó una trilogía de encíclicas sociales: *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991).

2.2. Religión y justicia

El Papa Benedicto XVI se refiere a las tres encíclicas, así como al *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, publicado en 2004 por el Consejo pontificio Justicia y paz. Él trata brevemente de las doctrinas sociales enunciadas en esos documentos y afirma el papel central de la política para asegurar el bien común. Según el Santo Padre, esta enseñanza exige que el Estado establezca un orden justo de sociedad. De este modo, pone de relieve que no es sólo la Iglesia la que debe llamar hoy a la gente a practicar la caridad.

Empieza esta sección abordando la cuestión de la justicia con una cita de su teólogo preferido, san Agustín, que escribió en la *Ciudad de Dios*: «Remota itaque iustitia, quid sunt regna nisi magna latrocinia» («Un Estado que no se rigiera según la justicia se reduciría a una gran banda de ladrones») ⁴ (n. 28). Por esta misma razón, el Estado debe dar a la religión su propio lugar, donde pueda cumplir su misión, porque la realidad es que la religión sigue siendo Cenicienta en la mayor parte de las discusiones públicas, como se vio a menudo en las Conferencias de las Naciones Unidas o en la formulación del preámbulo de la Constitución de la Unión europea, y sigue estando marginada a causa de una ciega lealtad a la así llamada «ilustración». En verdad, hay quienes preferirían excluirla completamente de la antropología, y sólo se quedan mudos de asombro cuando se enfrentan a los brutales hechos de violencia que derivan de dicha exclusión.

El Papa contrasta esta visión subrayando la importancia general de la religión, y formula la pregunta: «¿Qué es la justicia?». La justicia —afirma— es tanto la aspiración como el criterio intrínseco de toda política. Estableciendo este nexo, desarrolla su pensamiento sobre la reciprocidad entre razón y fe, cuestión que patentemente le interesa mucho, como manifestó durante su diálogo en Hamburgo (2004) con el muy conocido filósofo alemán Jürgen Habermas. Si la razón ha de ejercerse apropiadamente, si se ha de determinar cuál es su línea de acción correcta, hace falta que se purifique constantemente, pues-

4. *De Civitate Dei*, IV, 4: CCL 47, 102.

to que, como observa la encíclica, «su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente». Así pues, la política necesita la religión, y la justicia y la razón necesitan la fe, para su purificación. La fe no sólo va más allá de la esfera de la razón, sino que también es «una fuerza purificadora para la razón misma. (...) La libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio» (n. 28).

En consecuencia, la religión no es ninguna *quantité négligeable*, ni para la justicia imparcial del Estado ni para una antropología adecuada de ayuda humanitaria. Las organizaciones capaces de prestar ayudas ingentes, incluso las de la Iglesia, no siempre tienen suficientemente en cuenta esto⁵. ¿Puede uno permitirse realmente descuidar, o incluso negar, la importancia de la religión en los procesos de toma de decisión hoy? ¿Pueden los políticos responsables y los líderes culturales ignorarla y menospreciarla?

Sólo necesitamos abrir los ojos ante lo que está sucediendo en nuestro mundo. La coincidencia entre la publicación de la encíclica papal y las reacciones a las caricaturas de Mahoma publicadas en un periódico danés debe hacernos reflexionar. Los representantes de los medios de comunicación y las agencias internacionales, los delegados de las Conferencias de las Naciones Unidas y los gobernantes de las naciones se están dedicando actualmente a este problema por razones de seguridad global. En su momento, leímos en la prensa que el asesinato del sacerdote romano Andrea Santoro († 2 de febrero de 2006), en Turquía, se debió al gesto de represalia de un joven fanático. La reacción en cadena dentro del islam también nos muestra de modo terrible qué fuerzas destructivas están latentes en el celo religioso exagerado y cuán persuasivo puede resultar. Las breves líneas con las que el Papa Benedicto XVI introdujo su encíclica hace unos meses ahora parecen proféticas, porque expresan su presentimiento de una especie de choque de civilizaciones: «En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, este es un mensaje [“Dios es amor”] de gran actualidad y con un significado muy concreto» (n. 1). El rostro humano y el corazón humano asumidos por Jesucristo, mencionados más arriba por el Papa con referencia a Dante, son únicos e inapreciables. Aunque hay que admitir la incapacidad de plantear, y más aún la de responder a todas las cuestiones implicadas aquí, por lo menos una consecuencia puede derivarse netamente: la he-

5. P.J. CORDES, «The Dimension of Religion in Our Charitable Activity», Consejo pontificio *Cor unum, Religion and Charitable Activity*, Librería Editora Vaticana, Ciudad del Vaticano 2003, 27-49.

rencia cristiana no se preserva automáticamente, *eo ipso*, en el así llamado primer mundo. También en Occidente la religión debe recuperar su legítimo lugar en la conciencia general. La vitalidad de la fe de los cristianos contribuirá en gran medida a una nueva visibilidad de la herencia cristiana a través de una influencia más fuerte de la doctrina social católica y la acción continua de las numerosas instituciones de la Iglesia.

2.3. *El prójimo*

El pensamiento contemporáneo está saturado de informaciones que llevan la historia del mundo a nuestros mismos hogares. Nos informan cada vez más sobre la economía global y la evolución política. Nuestros juicios y nuestras voluntades están sometidos a la globalización. De esta manera, el horizonte de nuestra responsabilidad se ensancha, y quizá lleguemos a ser más lúcidos en la prosecución de nuestros objetivos.

Esta «amplitud de miras», esta perspectiva global se ha divulgado ulteriormente gracias a las investigaciones de la sociología sobre la sociedad y el hombre, y más específicamente debido a los acontecimientos que causaron horror mundial, como los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y del 11 de marzo de 2004 en Madrid, o, en la actualidad, las reacciones en países mayoritariamente musulmanes contra las caricaturas de Mahoma. Con todo, nuestra participación en esos acontecimientos distantes no puede hacernos perder de vista a Lázaro, que está ante nuestra propia puerta. Cuando se trata de compasión por el pobre, la Biblia proporciona a todos los idealistas grandes planes para mejorar el mundo práctico, para reducir los contrastes en nuestro propio ambiente personal. Es preciso no perder de vista este llamamiento, aunque todas las consideraciones sobre el compromiso político mencionadas antes conserven su validez.

Enseñando el mandamiento del amor en el Nuevo Testamento, nuestro Señor usa una expresión de gran claridad: habla de «amor al prójimo». En la palabra «prójimo» subyace el adverbio griego *plesion*, que denota lugar; así, significa efectivamente «en la cercanía» o «próximo». Si esta indicación de lugar se refiere a una persona mediante el artículo *ho*, significa que debería subrayarse el criterio de esta cercanía de la persona a nosotros. Ante todo, la preocupación por nuestro prójimo apunta de modo especial a quienes encontramos personalmente en lugares próximos a nosotros, cara a cara. De ahí que sería equivocado dirigir principalmente nuestro compromiso con las personas necesitadas a quienes están lejos de nosotros. Aunque todas las consideraciones globales son

justificadas, la necesidad, la pobreza y el hambre deben combatirse sobre todo a nuestro alrededor. Por este motivo, el Papa Benedicto XVI también se dirige a los que viven en países con una buena legislación social, observando que «nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor...» (n. 29).

El rostro atormentado por el dolor de una hermana o un hermano que sufren toca nuestro corazón. Todos somos capaces de esta experiencia, pero nuestra respuesta puede tener un significado que trasciende la filantropía. El filósofo judío Emmanuel Lévinas, que murió en 1995, pero que fue redescubierto recientemente y es muy admirado en nuestro tiempo, indica qué puede suceder en una reacción llena de fe ante un desastre humano. Dios, que habita en sus criaturas, nos impulsa a aliviar la miseria, y así, a fin de cuentas, es Dios a quien testimoniamos en el mundo que sufre. Cuanto más convincentes y comprensibles seamos al llevarlo como salvador, tanto más fuerte será nuestro amor para cambiar el mundo y suscitar esperanza, esperanza más allá de la muerte.

S.E. Mons. Paul Josef CORDES
Presidente del Consejo Pontificio *Cor Unum*
CIUDAD DEL VATICANO

Copyright of Scripta Theologica is the property of Universidad de Navarra and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.